



## EL GENIO DE WALL STREET

WASHINGTON.—El mercado de valores no ha ido muy bien en estos días, y muchas gentes están sufriendo, aunque nadie lo ha tomado muy a pecho. Únicamente Junior Thompson, conocido como el "niño prodigio de Wall Street".

Como ustedes recordarán, hace dieciocho meses, cuando Junior tenía trece años, fue considerado como uno de los más grandes genios financieros del país. Con una inversión de 28 centavos, más un préstamo de 50 centavos que le hizo su hermana, Junior creó una cartera de 200 millones de dólares, en teoría. La revista Fortune le dedicó toda su edición de Pascua. La Escuela de Comercio de la Universidad de Harvard le nombró profesor invitado. Fue, asimismo, nombrado consejero de la junta de asuntos económicos y le pusieron teléfono directo con el secretario del Tesoro.

La fórmula de Junior Thompson para hacer dinero fue resumida en una entrevista que le hizo el Wall Street Journal. Declaró: "Selecciono las acciones que suben y vendo las que bajan". Cuando le preguntó el periodista cómo sabía cuáles iban a subir y cuáles a bajar, respondió: "Si usted necesita preguntar estas cosas, no debe jugar en la Bolsa".

Después de la entrevista, importantes instituciones de todo el país despidieron a sus consejeros en inversiones y le solicitaron a Junior que se hiciera cargo de sus asuntos. Compañías de seguros, fundaciones, fondos mutuos, fideicomisos, Bancos y hasta el propio Gobierno Federal pidieron, suplicaron, rogaron a Junior que manejara sus inversiones.

Muy pronto, Junior fue responsable no de una fortuna propia, sino de 20.000 millones de dólares ajenos para invertir. Cada mes, sus inversiones aumentaban en un 15 por ciento y sus clientes andaban delirantes. Hombres que habían echado los dientes en Wall Street quedaron escarnecidos; muchos, despedidos; otros, desacreditados porque seguían hablando de "ganancias" y de "pérdidas", cosas que deben ser olvidadas, según Junior, cuando se juega a la Bolsa.

Otras casas inversionistas emplearon a adolescentes como respuesta a Junior Thompson. En Wall Street corrió lo siguiente: "No permitía que invirtieran su dinero personas mayores de veintitán años".

No todos los adolescentes resultaron tan eficaces como Junior, por la sencilla razón de que no poseían sus conocimientos. Así seleccionaba él sus valores: Cada mañana, Junior cubría los ojos a su hermana, le daba un alfiler y colocaba en el suelo la sección financiera del New York Times. La hermana debía pinchar la página con el alfiler en diez puntos. Las compañías cuyos nombres habían sido atravesados por el alfiler, eran aquellas cuyas acciones Junior compraba al día siguiente.

Mientras el mercado se mantenía en alza, la hermana no fallaba. Pero cuando comenzó a bajar, la fe de Junior empezó a debilitarse. Empleó varios métodos para contrarrestar la mala racha. Cambió el sistema de tapar los ojos a la hermana, le proporcionó diferentes alfileres, pero nada de esto resultó. El mercado seguía bajando y la fama de Junior Thompson como mago de las finanzas comenzó a ser puesta en duda. Las grandes instituciones le fueron abandonando, así como los fondos mutuos. En seis meses, Junior se limitaba a manejar los fondos de su hermana y los propios.

La semana pasada, en que el mercado conoció la baja más grande en muchos años, Junior fue completamente derrotado. Una breve noticia del teletipo de Dow Jones anunciaba que se retiraba de Wall Street para volver a la escuela de secundaria de Forest Hills, Nueva York.

Su hermana le ha demandado por los cincuenta centavos que le prestó al comenzar su negocio.

(Copyright 1970, The Washington Post, Co.-Distribuido por Editors Press Service Inc.-Agencia Zardoya.)

## Urtain

### UNA VICTORIA COLECTIVA

Lo de que, al final, vivieron felices y comieron perdices es un modo de decir, en pocas palabras, que el final no interesa en absoluto. Importa, sobre todos, ese momento en que la Madrastra riñe a Cenicienta, mientras todos ya sabemos que es suyo el zapato perdido en el palacio y que ella es la muchacha buscada por el príncipe.

Las gentes necesitan Cenicientas. Quizá porque también andan metidas por las cocinas y saben o sos-

za de toros, con lleno seguro hasta la bandera y una retransmisión por Eurovisión que valdrá a los organizadores del combate unos cuantos millones de pesetas. Simultáneamente, números especiales de algún que otro periódico dedicados al boxeador, e incluso el estreno con escandalosa intervención de la censura cinematográfica, de una película de Manuel Summers, el director que ya probara en «Juguetes rotos» su especial capacidad para mostrar el mundo del boxeo. Es ya seguro que el próximo día 13 una abrumadora mayoría de españoles tendrán su corazoncito al lado del de Urtain y que si éste gana el combate será un día de gloria nacional. Muy superior, por supuesto, a los días en que otros boxeadores españoles obtuvieron victorias análogas.

Durante meses, la prensa ha ido contándonos detalladamente la historia de este ex levantador de pesos, hijo de otro vasco tan forzudo como él. Hemos sabido cómo llama el que un día, ante la potencia física de Urtain, le dijo que dejara de andar de aldea en aldea practicando el viejo deporte popular y lo cambiara por el mucho más rentable del boxeo; también hemos conocido el nombre de su primer preparador y los conflictos que entre el llamado «clan Urtain» surgieron en cuanto empezó a entrar dinero. Y que este preparador es hoy precisamente el entrenador de su más directo rival español. La televisión mostró la caída fulminante de casi todas sus víctimas. Los periodistas hicieron preguntas a su mujer, una aldeana sorprendida por el río de oro y de curiosidad que llegaba hasta su casa. Aparatos de radio y transistores llenaron las casas, los campos y los parques del vocero que siguió a sus rápidas y, muchas veces, probadas victorias. Por todas partes se habló de si compraba a sus enemigos o si éstos eran vencidos realmente. Otros muchachos, atraído por el ejemplo, intentaron demostrar que también eran capaces de calzar ese difícil zapato de la fortuna.

Sin embargo, su intento era inútil porque el cuento se iría al traste si apareciera más de una Cenicienta. Y hoy, millones de españoles esperan entrar en palacio el día ya inmediato, en que Urtain, un campesino vasco, derribe al alemán Weiland y pruebe que el zapato le va a la medida. ■ J. M.



pechan que, a la misma hora, se celebran grandes bailes en los palacios. Como, en última instancia, ese sentimiento resulta invencible, y no parece fácil entrar en los palacios para ponerse a bailar con príncipes y princesas, queda el falso consuelo de andar buscando Cenicientas para vengarse, un tanto puerilmente, de las Madrastras: ponerse al lado de quien calza el misterioso zapato y acompañarle a distancia en su escalada. El que, simultáneamente, apenas se descubre que Cenicienta se casará con el príncipe, los haya que la ataquen rencorosamente es de todo punto explicable, porque a algunos, inconscientemente, les duele que otros escapen de donde ellos no pueden escapar.

Hasta aquí, el cuento. En la realidad, como último nombre de una larga lista —en España, la imagen de Cenicienta ha solido corresponder a algún torero—, el boxeador Urtain, el «morrosko», como dice mucha gente sin saber lo que dice, que, el próximo día 13, va a disputar, tras veintitantas peleas ganadas por K.O., nada menos que el Campeonato de Europa. En la pla-

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Ramón L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, Manuel Vázquez Montalbán.